



1

Llego a las ramas del tercer nivel y mi corazón empieza a latir muy deprisa.

Los pájaros necesitan un pulso rápido. Eso ayuda a que el oxígeno se extienda por su cuerpo. Necesitan el oxígeno, mucho oxígeno, para volar.

Siempre hay un momento en que miro hacia abajo. No me da miedo, pero, cuando veo el verde de la hierba y el gris de las aceras, pienso en la gravedad.

Karen está hablando. Ella también necesita mucha energía para poner esa voz, su voz de «preocupada». Me apoyo en la parte más gruesa de una rama y saco mi biografía. En la cubierta de piel morada hay una pluma grabada. Llevo *La chica pájaro: una historia extraordinaria* conmigo a todas partes. Nadie la ha leído nunca. Es mi historia y me pertenece solo a mí.

Lo mejor del libro es que puedo abrirlo por cualquier página y acordarme de lo que soy y de dónde vengo. Como en la página tres:

Esa mañana, temprano, su madre había encontrado una pluma de pájaro en el suelo de la cocina. La pluma era una señal. Menos de una hora más tarde, su madre dio a luz. En el huerto

de frutales de la casa, colgaban carámbanos de los nogales,
y su madre le puso un nombre.

—¡December! ¡Baja! —grita Karen—. No eres ningún pájaro —dice, como si supiera mi secreto—. Eres una niña, un ser humano. Tu sitio es el suelo, donde estás a salvo. Si tuvieses alas, pensaría que eres una especie de espíritu maligno, obra del diablo. Haz el favor de bajar de ese árbol.

Karen habla mucho de Jesús y de Dios, y me ha contado que Dios lo creó todo y que no comete errores. Entonces, ¿por qué piensa que, si yo tuviese alas, sería un espíritu maligno en lugar de un ser hermoso?

—Si no bajas ahora mismo, tendré que devolvarte. ¿Es eso lo que quieres?

Sí, eso es lo que quiero. No puedo quedarme en una casa con alguien que cree que, si tuviese alas, sería mala. Si descubriese mi secreto, Karen pensaría que tendría que proteger al mundo de alguien como yo, y me encerraría en una habitación sin ventanas y con una puerta de la que solo ella tendría llave.

Cierro mi libro, *La chica pájaro*. Lo envuelvo con una sudadera que no me pongo nunca y lo guardo en el fondo de mi mochila.

Sigo trepando. Soy una trepadora increíble. Cuando sea mayor, si quisiera, podría ganarme la vida escalando rocas y montañas, o el árbol más alto del mundo, que actualmente es una secoya que hay en California. Se llama Hyperion y mide ciento quince metros de alto.

Pero un árbol como Hyperion no es mi árbol de vuelo. El árbol desde el que estoy destinada a echar a volar es especial, aunque de una especie más abundante. Aquí hay robles por todas partes, aunque no ha sido fácil encontrar el adecuado. Será un roble viejo, con las ramas nudosas y retorcidas, extendidas hacia arriba y hacia los lados, con un montón de sitios perfectos

donde construir un nido. El árbol, mi árbol de vuelo, se alzaré, solo, en algún prado, donde llevará toda la vida esperándome.

Estoy mejorando en ignorar el miedo: el pulso rápido, las palmas de las manos sudadas, la respiración. No tengo alternativa. Se me da muy bien escalar, pero en realidad nací para volar. No peso mucho y mis huesos son ligeros, aunque fuertes y flexibles.

—¡Te vas a caer! —dice Karen. Lleva una camisa de color naranja. No me gusta el naranja. Es lo contrario del azul, mi color favorito.

Ya sé que me voy a caer. Así es como los polluelos aprenden a volar. Las primeras veces que lo intentan se caen al suelo, pero aprenden que, si despliegan las alas, el impacto es más llevadero.

Karen rodea el tronco del árbol con los brazos y las piernas, pero tiene la constitución de un oso polar y no llega muy lejos. Los osos polares, pese a no ser pájaros, son unos animales asombrosos. Nacen sordos y ciegos y se convierten en uno de los animales más grandes de la tierra. Así que no hay nada malo en tener la constitución de un oso polar, y eso le diría a Karen si dejase de gritar.

—¡Si no bajas ahora mismo, vas a tener problemas! —Si el naranja tuviese un sonido, sería la voz de Karen.

No tardé mucho en fijarme en que, cada vez que se enfadaba, se formaba una V entre sus cejas. Parece un pie de pájaro con solo dos dedos. Puedo ver la V incluso desde lo alto del árbol; por eso sé que está muy enfadada.

Pero no me importa. Karen no debería obligarme a comer cosas que van contra mi naturaleza. A mí me gusta comer pipas (prefiero las de girasol a las de calabaza), y un poco de carne. Esta mañana, me he sentado a la mesa y me he servido un cuenco de pipas de girasol en lugar de Cheerios, y entonces Karen ha dicho que estoy demasiado delgada y que, si solo como pipas, un buen día «saldré volando».

Y eso, a mí, me parece perfecto; pero entonces ha cogido otro cuenco, lo ha llenado de leche y cereales, se ha quedado de pie a mi lado y me ha dicho:

—Hasta que no comas un poco de comida de verdad, no vas a ir a ninguna parte.

No quiero saltar desde demasiada altura. No estoy preparada. Pero tengo que seguir marcándome metas. A todos les preocupa que me haga daño, que me rompa un brazo o una pierna. Pero no deberían preocuparse. Sé muy bien qué debo y qué no debo hacer, aunque seguramente la mayoría de los padres de acogida con los que he vivido tendrían algo que objetar a eso.

Como Susan y James. Cada vez que rastrillaban el jardín y metían las hojas en una bolsa de basura, yo volvía a esparcirlas por el césped. El jardín estaba más bonito cubierto de hojas rojas y amarillas que con el verde monótono de la hierba.

O como Wes y Linda, con quienes me dio por agujerear la pared del dormitorio de una patada. Ese día había pasado algo en el colegio. Un niño le puso la zancadilla a una niña cuando jugábamos al fútbol en clase de Educación Física. Lo hizo con mala intención. Yo le puse la zancadilla a él, el monitor que estaba vigilando el patio lo vio, y fue a mí a quien mandaron al despacho del director. Wes y Linda también me castigaron.

Mientras Karen intenta hacerme bajar del árbol, leo lo siguiente en la página once de *La chica pájaro*:

Las alas de December son azules. Las usará para volar y buscar un hogar. El hogar de December será un sitio donde haya estaciones, donde nieve en invierno, donde, en primavera, las flores sean de colores tan intensos que brillan en la oscuridad y las piletas para pájaros siempre estén llenas de agua de lluvia.

—Sí, hola. —Ahora Karen habla por su teléfono móvil—. Sí, es una emergencia.

Hay muchas formas de despegar y echar a volar. Los pájaros corren contra el viento y atrapan una corriente bajo las alas, o saltan desde un lugar elevado y se lanzan al aire.

Últimamente me lanzo al aire. Es más peligroso, pero el otro sistema no funcionaba.

—¡Quédate donde estás hasta que llegue la ayuda! —Karen mira hacia arriba, haciendo pantalla con la mano para proteger sus ojos del sol. Quiere verme bien. Espíritu maligno o no, en el fondo cree que soy una niña increíble.

Pienso en Amelia Earhart. El año pasado hice una redacción sobre ella, y siempre me acordaré de cuando leí las tres cosas que dijo:

«Nunca interrumpas a alguien que está haciendo algo que dijiste que era imposible hacer.»

«No has visto un árbol hasta que has visto su sombra desde el cielo.»

Y «Pero ¿acaso los sueños conocen límites?».

Oigo unas sirenas que se acercan. Un camión de bomberos baja por la calle donde vive Karen. La emergencia soy yo.

—Querida Amelia Earhart —digo en voz baja—, por favor, concédeme la aerodinámica de los huesos finos y las plumas.

Sé que, cuando llegue el momento, notaré un cosquilleo en la cicatriz que tengo en la espalda, y las alas, por fin, brotarán de debajo de mi piel. Solo hace falta que salte de la rama.

Voy a volar. Lanzarme al aire es la parte más fácil.